De la elegancia mientras se duerme

Luis Antonio de Villena

Aunque en su natal Argentina se lo empezó a descubrir a finales de los pasados 90, aquí nos llega ahora (casi como si fuese el invento de un escritor amante de los raros) Emilio Lascano Tegui, que se dio a sí mismo el título de Vizconde. Su biografía es pintoresca y literaria –lástima que el prólogo apenas la bosqueje– y sin duda en ella habrá mucho de azar y otro tanto, a buen seguro, de sana invención, en un personaje de difícil clasificación que sentimos entre los estertores del «fin de siècle» y los juegos de las vanguardias...

Nacido en un pueblo de la provincia de Entre Ríos en 1887, Emilio se crió en el barrio porteño de San Telmo, recuerdos (al parecer ya en un tono tradicional) que le llevaron a escribir el último libro que publicó en vida, *Muchacho de San Telmo* de 1944. Lascano Tegui murió veintidós años después en 1966, supongo que más que olvidado... Había viajado a Europa muy joven, en 1908. Fue traductor, bohemio, diplomático, y fue sembrando imágenes de ocultamiento y de sorpresa. Viajando de Los Ángeles a Argentina en 1945, un incendio en su camarote del barco, acabó con toda su obra inédita, aseguró. En su testamento parece que decía que dejaba libros nuevos en un apartamento de la calle Paraná. Nadie encontró no sé si los libros o siquiera el apartamento. Pero este raro de veras (de aire grandón y bigotes oscuros) publicó en 1910 su primer libro de poemas titulado *La sombra de la*

Vizconde de Lascano Tegui: *De la elegancia mientras se duerme*, Editorial Impedimenta. Madrid, 2008.

Empusa, con falso pie de imprenta de París. El segundo libro (un año más tarde) *Blanco*, lo firmó como Rubén Darío hijo. Suponemos que el padre –que vivía aún– no debió enterarse, aunque ahora no venga mal recordar que Rubén Darío fue el primer escritor en español en hacerse eco elogioso del Conde de Lautréamont, precisamente viviendo en Buenos Aires... Muchos de sus artículos dispersos los recogió Lascano en un volumen de título seductor, *Mis queridas se murieron*, al filo de los años veinte. En Argentina se ha reeditado ese libro y otro (del que nada sé) llamado *El libro celeste*. En los libros editados siempre anunciaba otros varios más, y es seguro que algunos nunca existieron...

El vizconde de Lascano Tegui pertenecía a esa estirpe, muy simbolista, de autores que entremezclaron vida y literatura y que pudieron llegar a creer que su vida misma sería su libro más acabado, cuando alguien la cuenta. Es lo que Lord Henry le dice a Dorian en la novela de Wilde: «Tus días son tus sonetos». Por ahí andaba el Vizconde, que también conoció a Picasso y a Modigliani en la inicial bohemia de Montparnasse. Como no he leído ningún otro libro suyo y acabo de ser presentado por Enrique Redel a este caballero, al hablar del libro recién editado (lo primero que vemos y sabemos de él en España) me han de faltar referencias. *De la elegancia mientras se duerme* no es sólo un hermoso título (que podría conectar con el surrealismo) sino una mezcla de novela en fragmentos y de libro de poemas, evidentemente en la estela de *Los cantos de Maldoror* pero con menos retórica, al contrario, con un estilo esguinzado y fino. Es la historia del narrador, que vive en el pueblo de Bujival, junto al Sena, y que en entradas de diario, a fines del siglo XIX, entre historias y sueños, nos relata la vida exquisita de un alma enferma, de un alma que se siente rara en este mundo, y que al final mata sin motivo («el acto gratuito» caro a Gide) o quizá sólo lo sueña, pies todo se mueve entre la perversión y la necesidad de la diferencia. Nuestro protagonista es un Maldoror menos agónico, pero no menos tentado por los secretos y la belleza: zoofilia, sexo, pederastia, sífilis (piensa en una novela que habría de llamarse «La sífilis de Don Juan») o travestismo y transexualismo... Se nos dice que esta novela de fragmentos lírico-narrativos se gestó entre 1910 y 1914, aceptémoslo, pero realmente se publicó en París en 1925, y en su dedicatoria figuran

–entre otros– dos grandes nombres de la vanguardia argentina: Ricardo Güiraldes y Oliverio Girondo. «De la elegancia mientras se duerme» –simbolismo camino al surrealismo, perfecciones de poema en prosa– nos lo dicen todo algunas frases sacadas con intención: «Nada entristece tanto como la popularidad». «La felicidad tiene, como dicen los árabes, los talones dorados». «Me sentó en sus faldas y me besó el sexo». «Y me hice fotografiar con un revólver en la mano».«Ninguna mujer ha impresionado de voluptuosidad mi existencia, como aquella chica de once años que tenía los ojos cuarentones de la madre». «Lo único que le falta a Don Juan, que ha sido el falo griego de las mujeres católicas, es estar sifilítico...» ¿A qué seguir? Se juntan las estampas de los sueños del joven de Bujival que ve delicadas muchachitas, enigmáticos cocheros, jorobados, degenerados e hijos de degenerados, y que se pregunta al final (tras el crimen): «¿Yo difiero tanto de mis semejantes?» Los sueños mórbidos del «Fin de Siglo» dan directamente la mano al primer surrealismo en la prosa ahilada y sutil de un Vizconde argentino lleno de literatura y quimera. Mentira y verdad, valen la pena